

VII

Y Vos tambien, ¡oh Divina María! Vos, á quien nos ha dado por Madre en la cruz el Divino Salvador, ¿no sois con respecto á nosotros como la Gallina del Evangelio? ¿No es á Vos á quien se dirigen con confianza los humildes y los pequeños? ¿no es bajo vuestro amparo donde vienen á refugiarse los pecadores? ¡Oh María! ¿Vos sois la reunion de todo lo bueno y de todo lo tierno! Jamás ha salido de vuestros labios ni una palabra amarga, porque vuestro noble corazon no sabe más que amarnos y compadecernos. Cuando nosotros huimos y nos alejamos, Vos nos llamais, y cuando estamos al rededor vuestro, entónces gozamos de vuestras encantadoras delicias. ¡Divina María, amorosísima Madre nuestra, nosotros venimos á refugiarnos bajo la sombra y al abrigo de vuestras alas! *Sub tuum presidium confugimus Sancta Dei Genitrix.*

Estado Jacob para morir reveló á sus hijos el porvenir de su posteridad y dirigiéndose á Judá, decía: " Tus hijos te abararán; oh Judá, ¡oh Judá! ahora los hijos de tu padre."

EL LEON.

El rey de los animales.—Su ferocidad.—El Leon de la tribu de Judá.—Cómo duerme.—Cómo despierta.—La voz del Leon en el desierto.—San Juan Bautista.—Los Santos.—Los Apóstoles.—Los doce Leones del trono de Salomon.—La Leona, imágen de la Iglesia.—El Leon que anda en rededor nuestro.—Los judíos deicidas.—El Cordero triunfa del Leon.—David.—Sansón.—Daniel.—La miel en la garganta del Leon.—La Eucaristía explica el enigma de Sansón.

Si consideramos la belleza del Leon, la nobleza de sus formas, la majestad de su porte, el vigor y la agilidad de sus músculos, su valor en el combate y el dominio que ejerce desde luego en todos los lugares donde se presenta, merece con justicia el título de Rey de los animales.

Cuando con paso grave avanza por entre las selvas ó sobre la arena del desierto arrugando su ancha frente y sacudiendo sus flotantes melenas, se puede decir que va como midiendo su imperio; y si arroja su fuerte rugido semejante al estruendo del rayo, tiembla todo sér viviente y huye aterrado como si fuera amenazado por su Señor.

En efecto, este rey feroz reina, sobre todo, por el terror. Los animales le temen y esquivan su encuentro; mas él les toma la delantera y los ataca de frente, ó valiéndose de artificios se oculta entre las tupidas malezas, atisbando el momento del tránsito de la presa que desea para saltar sobre ella, cogerla y devorarla.

Así es que el Leon ha recibido de la naturaleza, juntamente con la fuerza invencible de su poder, los instintos más crueles que le colocan en el rango de los más feroces animales.

La Sagrada Escritura nos presentará ahora bajo este mismo símbolo, dos significaciones del todo diversas.

Jesucristo, que es comparado al Cordero, ¹ por su bondad y dulzura infinitas, se nos señala en el libro del Apocalipsis por el Evangelista San Juan, en estos términos: " El Leon de la tribu de Judá ha vencido." ²

1 Act. VIII, 32.
2 Apoc. V, 5.

Estando Jacob para morir reveló á sus hijos el porvenir de su posteridad, y dirigiéndose á Judá, decía: "Tus hijos te alabarán, ¡oh Judá...! y te adorarán los hijos de tu Padre."¹

"Judá es semejante al cachorrillo del Leon. Tú te levantarás, hijo mio, para arrebatár tu presa; despues, descansando, te acostarás como el Leon... y ¿quién se atreverá á despertarte?"

Esta magnífica profecía se aplica al Divino Salvador por comun acuerdo de los más célebres expositores.

"Jesucristo—dice entre otros San Agustin—se asemeja al cachorrillo del Leon,² porque Él ha querido mostrarse á nuestra vista en la forma de un niño." Mas Él se levantó para arrebatár su presa, cuando lanzándose como el gigante que recorre su carrera, se ha paseado en toda la extension de la Judea convirtiendo á las almas por medio de sus palabras y de sus ejemplos.

Ha descansado y se ha dormido como el Leon, cuando acostándose sobre el árbol de la cruz encomendó su espíritu en las manos de su Padre; "mas ha dormido como el Leon—sigue diciendo San Agustin—porque bien lejos de que la muerte lo venciera, al contrario, Él vino á triunfar por medio de ella."

Jacob, despues de haber dicho á Judá: "tú te acostarás como el Leon, hijo mio," agrega al punto: "¿quién lo despertará?"³ *¿Quis suscitavit eum?* "¿Y por qué—exclama Orígenes—esta pregunta sin respuesta? Porque nuestros libros santos nos enseñan á la vez é indistintamente, que Dios resucitó á Jesucristo, y que Jesucristo resucitó por sí mismo, y confundiendo esta unidad prodigiosa entre el Padre y el Hijo, se limita el Patriarca á esta pregunta: "¿Quién despertará al Leon? *¿quis suscitavit eum?*"

Ahora el universo proclama que el Leon de Judá ha vencido.⁴ Esta palabra salida de la boca de San Juan, no era mas que una predicacion; pero sucediéndose los siglos á los siglos, ha venido á realizarse de una manera gloriosa. ¡El Leon de Judá ha vencido...! Jamás soltará su presa, que no es otra sino el mundo.

Las persecuciones y los odios combinados contra Él, han sido como el aguijon del gladiador que hiere los costados del Leon, con el fin de irritarle para que sea más bravo en el combate. Este será terrible, mas la victoria quedará por parte del Leon.

Sobre una de las bases del antiguo obelisco levantado al frente de la Basílica Vaticana, Sixto V esculpió estas palabras: "*El Leon de la tribu de Judá ha vencido.*" Esta noble divisa quedó grabada en los corazones mejor que en el granito.

Sí, Jesucristo ha conquistado al mundo; el Leon de la tribu de Judá ha vencido.

¹ Genes. XLIX, 8 et seq.

² D. Aug. cont. Faust. XII, 42.

³ Genes. XLIX, 9.

⁴ Apoc. V, 5.

III

Antes que Jesucristo apareciera en la tierra para que nacieran las almas fieles y santas, el mundo no era mas que un desierto inmenso. Hé aquí la imágen que la Santa Escritura usa frecuentemente para designar la tierra antes de la venida del Salvador.

Pero vino un dia en que la voz del Leon resonó en medio de esa grande y árida soledad que bien pronto iba á poblarse y á florecer. "Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos."¹ Esta voz era la de Juan Bautista que conmovia el desierto predicando la penitencia y la remision de los pecados. San Márcos comienza su libro por la predicacion de Juan Bautista, y hé aquí por qué, segun los comentadores, el Leon es el simbolo de este Evangelista.

IV

Dejamos dicho que Jesucristo es el Leon de Judá; y porque Él comunica su poder á las almas que le están estrechamente unidas por medio de la fé, del amor y gracia de los sacramentos, el autor del libro de los Proverbios dice hablando del justo: "Es confiado como el Leon que nada teme."²

El Leon tiene el instinto de su fuerza, y sabe por lo mismo que ningun animal puede resistirle en el combate. De la misma manera el alma cristiana, aun cuando no tenga confianza de sí misma, sabe al ménos con el Apóstol, "que ella lo puede todo, en Aquel que le comunica la fuerza."³

Consideremos á los Apóstoles ántes de haber entrado al Cenáculo. Eran débiles y tímidos; pero despues, miradlos que salen de ahí como leones respirando por las narices aquel fuego divino de que estaban penetrados. "Ellos se adelantan arrojándose en medio del mundo como entre selvas pobladas de béstias feroces."⁴ Los pueblos y los príncipes les declaran la guerra; todas las pasiones humanas y todos los demonios del infierno se agitan y se levantan presurosos contra ellos; empero, permanecian cada vez más fuertes y con la más grande serenidad. "El Leon de la tribu de Judá supo muy bien escoger á sus cachorrillos, y éstos aprendieron y llegaron á ser leones."⁵ Arrojabán á lo lejos los rugidos de la divina palabra y los hombres quedaban sobrecogidos de un santo terror; se lanzaban sobre su presa y no descansaban sino muriendo, porque muriendo era como triunfaban.

¹ Isai. XL, 3.

² Prov. XXVIII, 1.

³ Philipp. IV, 13.

⁴ S. Luc. in serm. 1 de SS. Apost.

⁵ Ezech. XIX, 3.

Los Apóstoles son aquellos doce leones, que colocados al rededor de la Iglesia naciente para defenderla y protegerla, continúan vigilando sobre ella. ¿Y no estarían figurados desde un principio en aquellos doce leones esculpidos que sostenían el trono de Salomón? ¹ Si, sin duda; porque la Iglesia es el trono donde se sienta Aquel que es más que Salomón. Y si el Escritor sagrado pudo decir que el trono del Hijo de David era la obra más hermosa que había salido de las manos de los hombres, ¿qué cosa hay ni más excelente ni más bella que el trono de la Iglesia, obra producida por la divina mano del Señor, sostenida y protegida por los leones cuyos rugidos resuenan hasta las extremidades del mundo?

V

Así como Jesucristo es comparado con el Leon, así también la Leona es imagen de la Iglesia.

La fuerza invencible de los leones, unida á la ternura maternal, ved aquí lo que la Divina Providencia ha dado á la Leona para la educacion y defensa de sus hijos. Ella va muy lejos en busca de la presa que ha de servirles de alimento, y apenas la encuentra, cuando salta y se apodera de ella. En seguida la traslada á su cueva y ahí la distribuye entre sus cachorrillos, enseñándoles desde luego á destrozár la carne y á chuparle la sangre.

Que se intente quitarle á sus hijos. ¡Ah! entonces llega á ser terrible. Ningun enemigo, por poderoso que sea, sabrá intimidar su bravura; se arroja al peligro exponiéndose á morir.

Dios ha dado á nuestra madre la Iglesia el amor y la bravura de las leonas para nutrir y defender á sus hijos. Bien sabemos que la palabra de Dios es el alimento que da vida á las almas, pues la Iglesia, dueña de esta palabra divina, la va acomodando con tino y prudencia á las necesidades de cada uno de sus hijos y se las va distribuyendo con la mayor abundancia. Y así como la Leona acostumbra alimentar á sus cachorrillos con la carne y la sangre, así también la Iglesia nutre á sus hijos con una carne divina y los abreva con la sangre de todo un Dios.

Tierna y fuerte para procurar á nuestras almas el alimento cotidiano que le es tan indispensable, no es ménos solícita para defenderlas, caso que se intente arrebatarlas y apartarlas de su seno. Tanto contra los enemigos interiores como contra los exteriores, ella está siempre en pié, armada y dispuesta para el combate. Por aquí ruega y llora, por allá amenaza, hiere y castiga, “y en los males, en las prisiones, en los trabajos, en las vigiliass y los ayunos, por la pureza y por la ciencia, por la dulzura y por la caridad, por la fuerza de Dios y por las armas de la justicia, entre el honor y la ignorancia, la Iglesia lucha á derecha é izquierda á fin de salvar á todos aquellos que ha engendrado en Jesucristo.” ²—La Iglesia hace más

¹ Reg. X, 20.

² 2 Corint. VI, 5.

todavía; valiéndose del lenguaje de San Pablo, exclama: “Desearia, si me fuera posible, llegar á ser anatema por la salvacion de mis hijos.” ¹

“Si; confesémoslo ingénuamente; la Iglesia, nuestra madre, es con toda evidencia digna del Leon de Judá, teniendo como tiene el amor y la bravura de la Leona.

VI

Además, la Santa Escritura se complace en hacernos contemplar en ese valor invencible del Leon una imagen del poder y del reinado de Jesucristo, mostrándonos en la ferocidad de aquel animal una terrible figura del demonio. Con motivo de esto, las palabras del Apóstol San Pedro no pueden ser más claras ni más precisas. “El demonio, que es nuestro enemigo, anda constantemente á nuestro rededor como un Leon rugiente que busca su presa para devorarla.” ²

Lo mismo nos le presenta David, siempre dispuesto á embestir nuestra alma como el Leon, ó dirigiendo cautelosamente contra nosotros sus lazos, como el Leon oculto en su cueva. ³

Mas si el demonio es efectivamente nuestro principal enemigo, no olvidemos que para apoderarse de nosotros se sirve de muchos y muy poderosos auxilios. El mundo y nuestras pasiones con sus ardientes deseos, y las potestades todas del siglo cuando se ponen en pugna contra nuestra fé, son otros tantos adversarios que nos rodean y nos amenazan, y que David no perdía de vista cuando le rogaba al Señor protegiese su alma, su único, su más precioso tesoro, contra la astucia y el furor de los leones. “*Restitue animam meam a malignitate eorum, a leonibus unicam meam.*” ⁴

VII

Cuando Jesucristo se dignó tomar sobre sí las enfermedades de nuestra naturaleza para expiar nuestras culpas por medio de sus padecimientos y de su muerte, Él mismo quiso exponerse á la rabia de los leones. Y efectivamente, con ese carácter nos presenta David á los judíos deicidas; hablando este Profeta en nombre de Dios crucificado, nos dice: “Acometiéronme como leones que rugen rabiosos de hambre, y se abalanzaron con la boca abierta hácia su presa.” ⁵

“Escuchad—continúa San Agustín—escuchad en el santo Evangelio los rugidos de los leones: “¡Crucificalo!” ¡Crucificalo!”

“Después observad cómo sácian su rabia azotando con varas el cuerpo del Salvador, tegiendo sobre su cabeza una corona de espinas, traspasan-

¹ Rom. IX, 3.

² 1^a Pet. V, 8.

³ Ps. XVI, 12.

⁴ Ps. XXXIV, 17.

⁵ Ps. XXI, 14.

“do sus piés, sus manos y su corazón, semejantes en todo á los leones cuando destrozan á su víctima.”¹

En presencia de ellos, Jesucristo no quiere ser más que un débil y tímido Cordero,² dejándose inmolar al furor de sus enemigos. Mas no dejemos en olvido este bellissimo pensamiento de San Agustín: “El Leon, al satisfacer su rabia, quedó vencido, y el Cordero triunfa padeciendo.”

VIII

El Cordero triunfa del Leon y transforma el Leon en Cordero. En efecto, desde el día que apareció en el mundo la benignidad del Salvador, *aparuit benignitas et humanitas Salvatoris*. . . uno de los prodigios de la religión cristiana ha sido dulcificar por todas partes las costumbres de los hombres y transformar sus corazones, inspirándoles á todos una caridad llena de mansedumbre, desconocida hasta entónces del paganismo.

Los Profetas tuvieron cuidado de anunciar con anticipación este admirable suceso que un día debería realizarse por medio de la predicación del santo Evangelio. Isaías nos lo describe en estos términos: “El Leon y la Oveja andarán juntos, y un niño los conducirá á los pastos.”³

IX

Mas Jesucristo, por su pasión y su muerte, no solo ha triunfado de los leones, sino que ha querido, más que todo, enseñarnos á vencerlos. Al terminar su existencia devorado por los leones, nos mereció el poder y la fuerza de alcanzar sobre ellos la victoria.

Ya hemos visto cuáles son los leones que nos hacen la guerra. Siendo como somos, cristianos, y confiando en Jesucristo, nada temamos. Dios nos ha dado muy nobles ejemplos desde la ley antigua, que no tenemos más que intentar.—David, joven pastor, mata con sus propias manos al Leon que pretendía devorar su rebaño.⁴ Sanson ensaya los prodigios de su fuerza sobre un Leon que encuentra cerca de las viñas de Thamnata y que destroza con sus manos como si fuera un cabrito.⁵—Daniel, arrojado en el lago de los leones, sale de él sano y salvo sin que ni uno solo se hubiera atrevido á acercársele.⁷

Todos estos hechos encierran para nosotros misteriosas lecciones; pero San Pablo recorrió el velo del misterio cuando dijo: “que la fé de los

¹ S. Aug. Ps. XXI, Enar. 2.

² Act. VIII, 37.

³ Ep. ad Tit. III, 4.

⁴ Isa. XI, 6.

⁵ 1 Reg. XVII.

⁶ Indic. XIV.

⁷ Dan. VI, 16 et sequentes.

“Santos embotaba los dientes de los leones: *per fidem Sancti obturaverunt ora leonum.*”¹

Una fé viva y firme en Aquel que en el Calvario venció á los leones rugientes, es el primer medio que Dios nos ofrece para triunfar de los enemigos de nuestra alma, y el segundo es la oración. Procuremos repetir frecuentemente esta palabra tomada del Salmo XXI, que el mismo Jesucristo decía sobre la cruz, y que no dirigia á Dios su Padre, sino con el fin de que nosotros la repitiéramos con Él: “¡sálvame, oh Dios mio, de la boca de los leones! *¡salvame ex ore leonis!*”²

Finalmente, no olvidemos que si los leones rabiosos nos rodean, Dios ha colocado cerca de nosotros á los Angeles para que nos protejan.

Cuando el Rey Nabucodonosor se acercó al lago donde estaba encerrado Daniel, le llama con voz triste y entrecortada con suspiros: “¡Oh Rey! —exclama el Profeta—vive para siempre; mi Dios me ha enviado su Angel y ha cerrado la boca de los leones, y no me han hecho daño.”³

Mi alma se halla en medio del mundo como Daniel en el lago de los leones; recurro á Vos, ¡oh mi Angel bueno! Los leones me cercan por todas partes: no me abandoneis; rugen en torno mio; haced que escuche vuestra voz celestial; amenazan devorarme, tomadme sobre vuestras alas, ¡oh Angel mio! y llevadme á aquellas regiones santas, donde como dice el Profeta, no hay que temer el furor de los leones. *Non erit ibi leo.*”⁴

X

Cuando Sanson asistido por el Espíritu del Señor destruyó á aquel Leon furioso que le salió al encuentro, se volvió para Thamnata, ciudad del país de los filisteos, donde vivia la joven que habia escogido para esposa.

Pasados algunos días, y regresando por el mismo camino, encuentra en la boca del Leon que habia matado, un panal de miel.

Tal fué el asunto del enigma que él propuso á los jóvenes filisteos que le acompañaban en sus nupcias: “De aquel que come—les decía—ha salido la comida, y del fuerte la dulzura.”⁵

Quando la esposa de Sanson, vencida por las instancias de sus conciudadanos, les descubrió el sentido del enigma, éstos se presentaron furiosos delante del hijo de Manué, y á su vez le dijeron: “¿Qué cosa hay más dulce que la miel? ¿Qué hay de más fuerza que el Leon?”⁶

Mas el grande Obispo de Hipona en sus admirables escritos contra Fausto el Maniqueo, descubriendo con las luces del Evangelio todos los misterios de la Ley antigua, ha sabido mejor que nadie resolver el problema de

¹ Hebr. XI, 33.

² Ps. XXI, 22.

³ Dan. VI, 22.

⁴ Isai. XXXV, 9.

⁵ Judit. XIV, 4.

⁶ Ib. XIV, 18.

Sanson ; oigamos sus palabras : ¹ “ Cuando Sanson daba muerte al Leon que se le presentaba en el momento mismo en que se dirigia hácia las naciones infieles con el fin de escoger una esposa, ¿ de quién era figura sino de Aquel que llamando del seno de la gentilidad á la Iglesia que iba á ser su Esposa, hacia oír estas palabras : “ Regocijaos ; Yo he vencido al mundo. ? ” ²

¿ Y qué nos significa ese panal de miel formado por las abejas en la boca del Leon, sino que las naciones y las potestades de la tierra, despues de haber bramado por mucho tiempo contra el Señor y contra su Cristo, suministrarían sus armas para proteger y defender la dulce predicacion del Evangelio ?

XI

El alma cristiana, no obstante esto, encuentra todavía otra solución. Jesucristo es el Leon de la tribu de Judá.

La víspera del día supremo en que iba á acostarse sobre la cruz para morir en ella, el Leon destiló de su boca una miel divina : La de la Eucaristía. Desde entónces se propuso á todos los siglos este sabroso y profundo enigma : “ de aquel que comía, salió el alimento, y de aquel que es fuerte “ la dulzura. ” ³

Trasportémonos ahora al Cenáculo y asistamos al último banquete. El Señor está en la mesa con sus Apóstoles. Come y bebe con ellos ; pero héle aquí que toma el pan, le parte, le bendice y le distribuye entre sus discípulos, diciendo : “ Comed, este es mi cuerpo. ” Y todos reciben este sagrado alimento. Así es que Jesus se nos presenta en el Cenáculo como convidado y como alimento : ¿ y no está aquí la primera parte del enigma : “ de aquel que comía salió el alimento ? ”

Me postro ahora al pié del Tabernáculo. ¿ Quién es el huésped que le habita ? ¿ Es el Dios fuerte que ha vencido al mundo ! ¿ Es el Leon de la tribu de Judá . . . ! Pecador como soy, pobre y miserable criatura, me siento entónces llena de terror y de espanto en su presencia, puesto que oigo los rugidos de este Leon que me dice : “ Temblad delante de mi santuario . . . ” ⁴

Sin embargo, yo me acerco y recibo la hostia santa, y entónces ¡ qué divina transformacion se efectúa en mí ! ¡ Qué dulzura tan infinita es la que me embriaga ! Ya no es el Leon, es la miel. O mejor dicho, es el Leon ; ¡ pero en Él, con Él y por Él, he encontrado la miel y la dulzura más esquisita y deliciosa ! ¡ Oh ! y entónces tambien acabo de explicarme el enigma exclamando lleno de gozo : “ De Aquel que es fuerte brota la dulzura : “ *de forti, egresa est dulcedo.* ” ⁵

¹ Cont. Faust. lib. XII, 42.

² S. Joan XVI, 33.

³ Judit. XIV, 14.

⁴ Lebit. XXVI, 2.

⁵ Judit. XIV, 4.

EL LOBO.

El Lobo, terror del rebaño.—Figura del demonio.—Escándalo y mentira.—Las ovejas han vencido á los lobos.—Los lobos ocultándose bajo la piel de ovejas.

El Lobo y el Cordero.—El Apóstol San Pablo.—El diente sacrilego del Lobo.

EL pastor condujo su rebaño á la falda de la montaña ó á los confines de la selva. Las ovejas esparcidas aquí y allí comen tranquilas la yerba del pasto, y los perros dormidos descansan junto al pastor.

De repente cambia de aspecto esta apacible escena: los perros despiertan, se les eriza el pelo, se encienden sus ojos, paran las orejas, y como que reunen todas sus fuerzas para disponerse á la lucha. Las ovejas se estrechan una contra otra. El pastor da el grito de alarma : ¡ el Lobo ! Hé aquí al Lobo que acecha y se adelanta ; todo el rebaño está en peligro . . . Y aunque este animal carnicero vive de la carne de todos los animales que encuentra, no sin fundamento ha adquirido la detestable reputacion de cebarse con preferencia en el inocente ganado del rebaño.

Tan astuto como la Zorra, pero más robusto y más terrible, se aproxima como ella á la habitacion de los hombres, y aunque abandona voluntariamente á la Zorra el gallinero y el patio de la casa, sus glotonos apetitos no se sácian sino con una oveja ó un cordero.

Ved ahora la razon que hay para que en las Santas Escrituras se nos señale muy particularmente al Lobo como el implacable enemigo del rebaño.

II

Por lo mismo vemos que Jesucristo, habiendo escogido el emblema del rebaño para figurarnos á la Iglesia fiel, y el símbolo del zagal para signifi-